



S. LUIS GONZAGA.

cristo, que en vano te lisonjeas de ser su discípulo, si todavía estás preso de la carne y sangre. No se pase el día sin que prontamente te reformes sobre todos estos puntos.

## DIA VEINTE Y UNO.

SAN LUIS GONZAGA, DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

San Luis Gonzaga, príncipe de la casa de Mantua, tan ilustre por el desprecio que hizo de las grandezas del mundo, como por la inocencia de su vida, fué hijo de Ferrante ó Fernando, marqués de Castellon, y de Marta de Tana, de las mejores familias de Quiers en el Piamonte. Hallóse esta tan apurada en el parto de nuestro santo, que llegaron á deshauciarla los médicos; pero apenas ofreció á la Virgen el fruto que tenia en sus entrañas, cuando le dió á luz con toda felicidad el día 9 de marzo de 1568. Bautizaronle de socorro luego que nació, y pocos dias despues se le puso el nombre de Luis por su padrino y deudo muy cercano Guillelmo, duque de Mantua, cabeza de la casa de Gonzaga.

Persuadida la piadosa marquesa de Castellon á que la primera obligacion de una madre es dar á su hijo la mejor educacion, luego que vió á Luis capaz de recibirla, tomó de su cuenta el darle ella misma la mas piadosa y la mas cristiana. Desde luego se conoció que no necesitaba de muchas instrucciones la bella índole del niño, cuyo aire, cuyas inclinaciones y cuya natural propension á la virtud desde entonces le merecieron el renombre de ángel.

El marqués, soldado de profesion y de genio, ob-



servando la viveza de su hijo, se persuadió que se inclinaba á las armas, y á los cinco años de edad le llevó consigo á Casal. Mostraba Luis grande gusto en los ejercicios militares, y en esto lisonjeaba mucho el de su padre, pero al niño le hubo de costar cara aquella marcial inclinacion; porque, habiendo cargado él mismo una pieza de campaña que estaba en la muralla, y habiéndola dado fuego incautamente, faltó poco para que al retroceder la cureña no le hubiese hecho pedazos la violencia de las ruedas. Ni fué este el único peligro que corrió. Con el trato de los soldados se le pegaron algunas palabras demasiadamente libres; pero apenas fué reprendido por su ayo, cuando las miró con el mayor horror, y aunque las habia dicho sin entender su significado, esta fué la mayor culpa que cometió en toda la vida, llorándola amargamente en toda ella y haciendo rigurosa penitencia.

Al paso que Luis crecia en edad, iba tambien creciendo en juicio y en virtud. Entregóse tan totalmente á Dios desde la edad de siete años, que asegura el cardenal Belarmino era ya su vida perfecta en aquella tierna edad. Tenia ya desde entonces sus devociones arregladas, en cuyo cumplimiento era tan exacto, que se observó no haber faltado ni una sola vez á ellas aun en tiempo que por espacio de diez y ocho meses le debilitaron unas molestas cuartanas. Enamorado el marqués del juicio y de las grandes prendas de su hijo, no omitió medio alguno de cuantos pudiesen conducir á cultivarlas y á darle una educacion digna de su nacimiento. Llevóle á la corte del gran duque de Toscana, estrecho amigo suyo; y aunque el aire de la corte suele ser tan contagioso, singularmente para la juventud, nada alteró la inocencia de nuestro Luis. Hizo en Florencia asombrosos progresos en el camino de la perfeccion, reduciéndose todas sus diversiones á la oracion y al estu-

dio. Desde entonces hizo propósito de no jugar en su vida á juego alguno, y jamás le quebrantó. Creció tanto su fervorosa devocion á la santísima Virgen, que á los nueve años hizo voto de perpetua castidad. En la observancia de esta virtud era excesiva su delicadeza. Nunca permitió que le vistiese ni le desnudase su ayuda de cámara, y desde aquella edad se impuso la ley de no mirar jamás á la cara á mujer alguna.

Desde la corte de Florencia paso á la del duque de Mantua, su cercano pariente; y en vez de deslumbrarle aquel nuevo teatro del esplendor y de la grandeza de su casa, allí fué donde resolvió dejar al mundo. Sirvióle de pretexto la falta de salud para salir de la corte y restituirse á casa de sus padres. Pasando por ella san Carlos Borromeo descubrió y admiró los tesoros de gracia y de perfeccion que encerraba el alma del santo niño; exhortóle á que cuanto antes comulgase por la primera vez; encargóle que despues lo repitiese con frecuencia, y le dió otros muchos consejos espirituales que el jóven principe tuvo gran cuidado de poner en práctica.

No es fácil explicar la tierna devocion y los fervorosos afectos con que aquella inocente alma recibió por la primera vez á Jesucristo; inflamado el semblante, y bañados sus ojos en dulces lágrimas, daban testimonio del divino fuego que abrasaba aquel tierno corazon. Por toda su vida fué la devocion al Santísimo Sacramento la mas sobresaliente de todas sus devociones, pasando horas enteras en su presencia al pié de los altares. Aplicábase ya entonces al estudio de las letras; pero este no debilitaba ni distraia el espíritu interior, que tenia cuidado de fomentar con el rigor de la penitencia. No parece podia subir mas de punto el santo odio que se tenia á si mismo, ni que podia juntarse mayor inocencia con mayor austeridad.



Ayunaba tres días á la semana, y muchos á pan y agua. Sus penitencias pudieran acobardar á los religiosos mas austeros. Muchas veces se notaba salpicado de su inocente sangre hasta el techo de su cuarto; no pocas era su cama la desnuda tierra; por no tener cilicios se aplicaba á sus delicadas carnes un cinto cuajado de estrellitas de espuelas; nunca se arrimaba al fuego, ni aun en el mayor rigor del invierno, y algunas noches se levantaba medio desnudo, pasando así muchas horas en oracion.

Enviaronle á la corte de Felipe II, donde desde luego se hizo admirar su anticipada madurez y su elevada santidad tanto como en todas partes. Parece que el Señor como que se complacia en irle mostrando á varias cortes de la Europa, para convencer con su ejemplo que la virtud no está reñida con alguna condicion, y que la inocencia puede y debe acompañarse con todas las edades. Hallándose en España, tomó la resolucion de abrazar el estado religioso. Los grandes ejemplos de virtud, de observancia, de desprendimiento del mundo que habia notado en los padres capuchinos y en los barnabitas durante su residencia en Casal, y aquel espíritu de penitencia y de recogimiento interior que admiraba en los carmelitas descalzos, le inclinaron algo al principio á entrar en alguna de estas sagradas religiones; pero al fin se resolvió á entrar en la Compañía de Jesus, por cuatro ó cinco razones que él mismo declaró. Primera: Porque, siendo mas reciente su instituto, por precision se habia de conservar en su primitivo fervor. Segunda: Por el voto que en él se hace de no admitir dignidades eclesiásticas. Tercera: Porque en él se enseña á la juventud virtud y letras. Cuarta: Porque los jesuitas se dedican por su instituto á la conversion de los herejes y de los gentiles en todas las partes del mundo. A estas cuatro razones añadia otra, y era la particular

devocion que habia observado se profesaba á la santísima Virgen en la Compañía; lo que confesaba no haber contribuido poco á determinarse á esta eleccion. Juntóse á todo esto que un día de la Asuncion de esta gloriosa reina á los cielos, despues de haber comulgado le pareció haber percibido clara y distintamente una voz, articulada por el hermoso simulacro de la soberana reina, que con el título *del Buen Consejo* se venera en el colegio imperial de Madrid, intimándole entrase en la Compañía. Pero la gran dificultad era conseguir la licencia y el consentimiento de sus padres. No hubo vocacion mas examinada, ni mejor probada. Pusiéronse en ejecucion para desviar á Luis de su piadosa resolucion cuantos medios pudo sugerir la reflexion á su elevado nacimiento, la circunstancia de primogénito, la ternura de sus padres y las lágrimas de sus vasallos. Lleváronle de propósito por las cortes de los principes de Italia; dispúsose que le hablasen personas constituidas en dignidad para disuadirle de que se hiciese religioso, pero todo fué en vano, hasta que el mismo marqués, su padre, despues de una repulsa demasadamente seca y desabrida que le dió, encontrándole un día postrado á los piés de un crucifijo, con unas crueles disciplinas en la mano, bañado en lágrimas y en sangre, para conseguir de Dios lo que los hombres se obstinaban en negarle, atónito y enternecido, no menos que temeroso de resistir mas tiempo á una vocacion tan declarada, se rindió en fin á los santos deseos de su hijo, aunque quiso que antes de ponerlos en ejecucion pasase á Milan á terminar algunos negocios de la familia. Mostró en el manejo de ellos su gran capacidad, y faltó poco para que esto mismo le perjudicase, sirviendo de nuevo embarazo á sus intentos; porque prendado el marqués de la destreza con que habia dado dichoso fin á unos negocios tan graves como espinosos, no se pudo resol-



ver á dejarle partir, y así le dijo á su vuelta de Milan: *Mucho te engañaste si creiste que yo consentiría en tu determinacion; pensarás en eso cuando tengas veinte y cinco años, y en este supuesto puedes tomar tus medidas.* Sobrecogido Luis al oír una resolucion tan no esperada, se arrojó á los piés del marqués, y con aquella ingenuidad que siempre le ganaba los corazones de todos, le dijo: *No permita Dios, amado padre y señor, que yo me aparte jamás de vuestra voluntad; en todo y por todo seréis siempre obedecido. Solo os suplico tengáis á bien os represente que Jesucristo me llama á su compañía; si vos no me permitis entrar en ella, ciertamente os oponéis á la voluntad de Dios.* Hicieron impresion estas palabras en el corazon del marqués; echóle los brazos al cuello, bañóle con sus lágrimas, y teniéndole abrazado por un rato, sin poder articular palabra, al cabo rompió en estas voces: *Hasme abierto, hijo mio, una herida en mi corazon, que manará sangre por mucho tiempo: yo te amo, y tú lo mereces: tenia fundadas en tí todas las esperanzas de la familia; pero pues estás tan cierto de que Dios te llama á su compañía, ya no te detengo; ve, hijo mio, adonde te llama el Señor.* Acabando de decir estas palabras, se retiró el marqués deshaciéndose en amargo llanto. Tampoco dejó de enternecerse un poco nuestro Luis; pero inundado por otra parte de gozo, se postró delante de un Crucifijo, y renovó su sacrificio. Partió luego á Mantua, donde hizo la renuncia del marquesado en favor de su hermano Rodulfo con licencia del emperador, y despedido de sus padres y parientes, se encaminó á Loreto. En aquella santa capilla corrió, por decirlo así, libremente su devocion y su ternura á la santísima Virgen, desahogándose el corazon en inflamados afectos y en lágrimas de amor. Allí renovó el voto de castidad despues de haber comulgado; y consagrándose de nuevo á la Madre de Dios, partió para

Roma, donde, recibida la bendicion [del sumo pontífice, y habiendo visitado á los cardenales parientes suyos, entró en el noviciado el año de 1585, no habiendo cumplido los diez y ocho de su edad, y habiendo arribado ya á una elevada perfeccion.

Los rápidos y extraordinarios progresos que hizo en aquella escuela de virtud asombraron á los mas perfectos. Desde luego se impuso una inviolable ley de observar con la última exactitud y puntualidad hasta las mas menudas reglas. No era fácil, ni apenas posible, que subiese mas de punto la observancia. Nada tuvieron que hacer los superiores sino moderar su fervor, y poner límites á los deseos de hacer grandes penitencias. La mayor falta que cometió en los dos años de noviciado fué haber levantado los ojos, y mirado á su hermano que estaba comiendo junto á él en la misma mesa. Ninguno olvidó mas perfectamente que él á su pueblo y á la casa de sus padres. Vino un vasallo suyo á empeñarle en cierto negocio, y le respondió que, como habia dos años que estaba muerto al mundo, ya no tenia en él ni crédito ni poder. El santo odio y desprecio de sí mismo no podia ser mayor. Cualquiera señal de distincion que se hiciese con él, era para Luis una verdadera pesadumbre. Jamás se excusó ni se disculpó, aunque tuviese mil razones para hacerlo; y llegó á tener escrúpulo de que sentia demasiada complacencia en ser reprendido. Era exquisito el gusto que experimentaba en los ejercicios mas humildes y mas repugnantes; tanto, que juzgó se debia acusar de lo mucho que habia contentado á su amor propio yendo por las calles de Roma con un vestido vil, y pidiendo limosna.

Del mismo principio nacia aquel perfecto desamamiento de todas las cosas y aquel espíritu de pobreza que le hizo verdadero discipulo de Jesucristo. Un libro encuadernado con alguna curiosidad, un rosario



menos comun y dos sillas en su aposento eran alhajas que lastimaban su delicadeza; ni jamás fué posible hacerle admitir un mueble de bien poca consideracion que le envi6 su madre la marquesa, juzgando que tenia mucha necesidad de 6l; y cost6 gran trabajo reducirle 6 que recibiese dos estampas de papel, una de santo Tom6s de Aquino, y otra de santa Catalina, por la particular devocion que profesaba 6 estos santos. Not6base siempre en 6l una igualdad y una tranquilidad inalterable; la que singularmente se reconoci6 en la muerte de su padre, que sucedi6 poco tiempo despues que entr6 en la Compañia. Sabiase el tierno amor que le profesaba, y con todo eso apenas mostr6 otro sentimiento que levantar los ojos y las manos al cielo, y dar gracias 6 nuestro Señor de que en adelante podria decir sin estorbo y 6 boca llena: *Padre nuestro, que est6s en los cielos.*

Como tenia tan puro el corazon, continuamente estaba en la presencia de Dios, sin perderle jams de vista. Dando cuenta de su conciencia, dijo con ingenuidad que en el espacio de seis meses solo se habia distraido 6 su parecer, como por el tiempo de un *Ave Maria*. Temiendo el superior que los grandes dolores de cabeza que padeci6 toda la vida fuesen efecto de una intensa aplicacion 6 la oracion, le suspendi6 este ejercicio por algun tiempo, pero fué peor el remedio que la enfermedad. *No s6 qu6 hacer*, decia el santo con gracia, *m6ndanme que no piense en Dios, porque ne me haga daño 6 la cabeza, y me le hace mucho mayor el trabajo que me cuesta el no pensar.* Casi desde la cuna tuvo un don de oracion muy elevado; siendo Dios su principal y aun su 6nico maestro. Cuando el c6lebre cardenal Belarmino explicaba los ejercicios 6 los hermanos estudiantes del colegio, en tocando ciertos preceptos 6 reglas de meditacion, solia decir: *Esto lo aprendi de nuestro Luis.*

Tenia tan mortificados todos sus sentidos, que parecia haber casi perdido el uso de ellos. Frecuentaba muchas veces alguna pieza 6 algun sitio, y no podia dar señas de 6l; solo paraba la atencion 6 lo que comia, para escoger lo que era mas ingrato al paladar; de manera que la mortificacion era siempre la salsa de su comida. Era tan detenido en el hablar, que tocaba la raya de escr6pulo su circunspeccion; mas no por eso dejaba de ser muy divertida su conversacion, ni le faltaba una sal muy delicada para sazonalas. Juzgando los superiores que diria bien 6 su salud el aire de N6poles, le enviaron all6 para acabar los estudios, cuya aplicacion en nada entibi6 su fervor. Como era de un ingenio pronto, delicado y perspicaz, sobresali6 mucho en ellos; y obligado 6 defender conclusiones p6blicas al fin de sus estudios, le persuadia su humildad 6 que de prop6sito se mostrase ignorante, y hubo menester toda su docilidad y rendimiento para sujetarse en esto 6 su director y 6 su maestro. Mereci6 en aquella funcion los aplausos de todo el colegio romano, y no tuvo poco que padecer su modestia.

Pocos meses despues que volvi6 6 Roma, se suscit6 cierta diferencia entre su hermano Rodulfo y el duque de Mantua sobre la sucesion al señorío de Solferino, con cuya ocasion se vi6 precisado el padre general 6 enviarle 6 Castellon. Recibianle en todas partes como 6 un 6ngel venido del cielo, y la marquesa su madre luego que le vi6 se sinti6 movida de cierta veneracion, que sin libertad la hizo poner las rodillas en tierra; tanto fué el respeto y tan grande el concepto que form6 de la santidad de su hijo. Siempre que salia de palacio se encontraba con una multitud de gente, formada en dos alas, que le llenaba de bendiciones y se deshacia en tiernas l6grimas, y cuando se retiraban todos 6 su casa, decian: *Ya hemos visto al santo.*



No obstante lo irritado que estaba el duque de Mantua con el marqués de Castellon, y en medio de hallarse los ánimos sobradamente encendidos, apenas les habló este ángel de paz cuando se compusieron las diferencias; restituyósele al marqués el señorío de Solferino, y quedó mas sólida y estrechamente arraigada que nunca la amistad entre los dos príncipes. Nunca se vió reconciliacion mas sincera, y desde luego se calificó por uno de los primeros milagros de san Luis.

Ni fué este el único que obró durante su estancia en Mantua y en Castellon. Fueron pocos los señores de las dos cortes que no se moviesen y no se reformasen con la conversacion del jóven jesuita. Obligóle el rector del colegio de Mantua á que hiciese una plática doméstica á la comunidad; y él la hizo sobre la caridad con tanto fervor y con tanta mocion, que todos quedaron muy edificados. Antes de salir de Castellon pidió la marquesa á los superiores que obligasen á Luis, á que predicase á sus vasallos; hizolo á un prodigioso concurso, y con fruto tan copioso, que, al acabarse el sermón, se confesaron mas de setecientas personas, y se consideraron como otros tantos milagros las muchas conversiones que se siguieron.

No teniendo ya que hacer en Castellon, recibió orden de pasar á Milan para continuar sus estudios; pero luego que llegó se halló con otra del general, en que se le mandaba restituirse á Roma. Obedecióle con el mayor gusto, y mas habiéndosele dado á entender en la oracion, con no sé qué cierta seguridad, que se acercaba el fin de su vida. Aunque toda ella habia sido una continua preparacion para la muerte, en este último año redobló su fervor. Hizose tan tierno y tan encendido su amor á Dios, que, solo con oírle nombrar, sensiblemente se alteraba é inflamaba el semblante. Cualquiera rasgo, cualquiera expresion afectuosa que

se oyese en la lectura del refectorio bastaba para obligarle á interrumpir la comida, haciendo tal impresion en su pecho, que no la podia contener sin que se explicase en dulces lágrimas por los ojos. Con solo ver una estrella ó una flor crecian sus incendios. Teníase gran cuidado en las conversaciones de evitar ciertas voces algo mas afectuosas y expresivas, por excusarle una alteracion que podia perjudicar gravemente á su salud. Los mismos efectos producía su tierna devocion á la santísima Virgen; y siempre que comulgaba se quedaba como extáticamente arrebatado.

Alligida por este tiempo toda la Italia con una enfermedad popular, se refugiaron á Roma todos los pobres de las cercanías, y fué aquella ciudad doloroso teatro de la mas triste miseria. Distinguióse mucho en aquella ocasion la caridad de los padres de la Compañía; porque, además de su asistencia á todos los hospitales de la ciudad, erigió ella uno á su costa, en el cual el mismo padre general servía á los enfermos. Imitaron este ejemplo todos los jesuitas del colegio romano y de la casa profesa; pero se hizo distinguir entre todos el fervor de nuestro Luis. No fué posible moderar su caridad y su zelo; pero aunque se le procuró contener y libertar, destinándole á un hospital donde solo se recogian los enfermos que estaban fuera de peligro, quiso la divina Providencia que la caridad consumase aquella preciosa victima. Habíase llevado el contagio á muchos jesuitas, y no perdonó á nuestro santo. Apenas se sintió tocado, cuando no pudo disimular su alegría, tanto que hizo escrúpulo de ella, y consultó al padre Belarmino si habria alguna culpa en regocijarse tanto con la muerte, ó si en esto se podria esconder algun artificio del amor propio. Como desde luego se descubrió violenta la enfermedad, pidió con instancia se le administrasen los



sacramentos, y los recibió con tanta serenidad y con tanta devoción, que sacó las lágrimas á todos los circunstantes. Acordóse entonces de que varias veces la habian dicho que á la hora de la muerte habia de tener escrúpulo de sus excesivas penitencias, y suplicó al padre rector asegurase á todos que este punto no le daba el mas mínimo cuidado, y que solo sentia no haber podido conseguir licencia de los superiores para hacer muchas mas. Declinó despues su enfermedad en una calentura éctica, que parece solo le dilató algo mas de vida para que nos dejase mas ejemplos de virtud, y para que con los nuevos trabajos acaudalase mayores merecimientos. Oyendo decir que las enfermedades epidémicas que reinaban iban degenerando en peste, pidió licencia al padre general para hacer voto de asistir á los apestados, si Dios le diese salud; y obtenido el permiso, hizo el voto con nuevo fervor.

Los cardenales de la Rovera y Gonzaga, sus parientes, que le visitaban con frecuencia, no acertaban á separarse de él, y salian siempre con el corazón penetrado de dolor y sensiblemente movido con la devota impresión que hacian en todos sus palabras. No pudiendo disimular el consuelo que sentia su alma de verse morir jesuita, todas las veces que le visitaba el cardenal Gonzaga le repetia las gracias por los buenos oficios que le habia hecho para allanar las dificultades que se oponian á su vocación. Tenia siempre en la mano un Crucifijo, y una imagen de la santísima Virgen delante de los ojos. Habiendo recibido un expreso de la marquesa su madre, la escribió despidiéndose de ella en términos tan tiernos y tan fervorosos, que se deshacian en lágrimas cuantos leyeron la carta. Dijéronle despues que los médicos solo le daban ocho dias de vida, y fué tanto su gozo, que rogó á los que se hallaban en su aposento le ayudasen á rezar el *Te*

*Deum* en acción de gracias al Señor por una noticia tan alegre. Vinole á visitar un padre, y luego que le vió, exclamó como trasportado: *Marchamos, padre mio, y marchamos con alegría.* Tres dias antes de morir se puso sobre el pecho un Crucifijo, y con semblante risueño repetia sin cesar aquellas palabras del Apóstol: *Deseo ser desatado, y estar con Jesucristo.* Aunque no se reconocia novedad alguna en su enfermedad, dijo positivamente con su acostumbrada y natural alegría que aquella noche moriria. Recibió la bendición apostólica *in articulo mortis*, que le envió su Santidad, y quiso tambien que le volbiesen á administrar los sacramentos; despues de los cuales pidió le leyesen la recomendación del alma con las últimas oraciones de la Iglesia; cuya postrera función enterneció y movió tanto á los circunstantes, que todos se querian encomendar á las del mismo moribundo. En fin, el jueves por la noche 21 de junio de 1591, en que aquel año cayó la octava del Corpus, entregó dulcemente su dichoso espíritu en manos de su Criador, á los 23 años, 3 meses y 11 dias de edad, y á los seis de su entrada en la Compañía.

Cuando se divulgó por Roma que habia muerto san Luis Gonzaga, excitó esta noticia en los ánimos de todos aquellas impresiones de admiración, de devoción y de respeto que de ordinario suele causar la muerte de los justos. Resonaba en todas partes de la ciudad esta voz general: *Murió el santo.* Concurrían todos á besarle los piés y las manos, solicitando alguna reliquia suya. Fué tan grande el concurso á su entierro, y tanto el tropel de los que se abalanzaban á besarle los piés, ó á tocar por lo menos el féretro, que fué preciso interrumpir muchas veces el oficio. En fin, enterróse el santo cuerpo en la iglesia del colegio romano, dedicada á la Anunciación, y desde luego comenzó Dios á manifestar la santidad de su



siervo por los muchos milagros que obró á su intercesion, haciendo célebre y gloriosa su sepultura. Siete años despues, con aprobacion del sumo pontífice, fué su santo cuerpo elevado de la tierra; y colocado en una caja de plomo, se metió en el grueso de la pared de la misma capilla de la Virgen. Treinta años despues, el de 1621, le beatificó el papa Gregorio XV, permitiendo á los religiosos de la Compañía que rezasen de él el dia 21 de junio, que fué el de su muerte. El de 1699 fueron trasladadas con grande solemnidad sus preciosas reliquias á la magnífica capilla de la misma Iglesia, que el marqués Scipion Lanceloto hizo fabricar en honor del santo, y es reputada por una de las mas ricas y mas brillantes de Roma. Finalmente, el último dia del año de 1727 el papa Benedicto XIII le canonizó y le puso en el catálogo de los santos.

El autor de la vida de santa María Magdalena de Pazzis asegura que el dia 4 de abril del año 1600, estando la santa en uno de sus acostumbrados éxtasis, comenzó á exclamar de repente con una especie de entusiasmo: « ¡ O qué gloria es la de Luis, hijo de Ignacio! Nunca la hubiera creído, si no me la hubiera mostrado el Señor. Paréceme que no he visto en el cielo gloria igual á la de Luis; digo que Luis es un gran santo. Tenemos muchos santos en la Iglesia que no creo estén tan elevados. Quisiera poder ir por todo el mundo para decir que Luis, hijo de Ignacio, es un gran santo; y quisiera poder mostrar la gloria de que goza, para que fuese glorificado el mismo Dios; fué elevado á grado tan sublime, porque trajo una vida interior. ¿Quién pudiera explicar el valor y el precio de la vida interior? No hay comparacion de la interior á la exterior. Mientras Luis vivió acá abajo, siempre tuvo fijos los ojos en el divino Verbo. Luis fué mártir oculto, porque el que os conoce, mi Dios,

os conoce tan grande y tan amable, que es un verdadero martirio ver que no os ama tanto como deseamos, y que, lejos de ser amado de las criaturas, seais ofendido. Fué tambien mártir, porque él mismo se atormentó mucho. ¡ O cuánto amó Luis en el mundo! Por eso goza ahora de Dios en el cielo con una plenitud de amor. Cuando estaba en esta vida mortal: continuamente lanzaba flechas de amor al corazon del Verbo; ahora que está en el cielo vuelven estas flechas hácia el mismo corazon, y se mantienen clavadas en él, porque los actos de amor y de caridad que hacia entonces le causan una extremada alegría. » Dichas estas palabras, enmudeció la santa por un rato, teniendo fijos los ojos en el cielo, y despues exclamó: « Yo quiero aplicarme á ayudar á las almas, para que, si alguna de las que ayudare fuere al cielo, ruegue á Dios por mí, como lo hace Luis por todos aquellos que le hicieron este beneficio. »

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Demetria, virgen, que recibió la corona del martirio bajo Juliano Apóstata.

En Siracusa de Sicilia, la fiesta de los santos mártires Rufino y Marico.

En Africa, los santos mártires Siriaco y Apolinar.

En Maguncia, san Alban, mártir, que, despues de muchos trabajos y crudos combates por la fe de Jesucristo, mereció la corona de la vida.

En dicho dia, san Eusebio, obispo de Samosata, quien en tiempo de Constancio, emperador arriano, visitaba las santas iglesias, disfrazado de soldado, para confirmarlas en la fe católica. Luego bajo Valente, fué desterrado á Tracia. Mas vuelta la paz á la iglesia en tiempo de Teodosio, fué llamado del destierro; y habien le vuelto á su santa costumbre de visitar las



iglesias, entrando un dia en una, de un tejazo en la cabeza le hizo mártir una mujer arriana.

En Icona en Licaonia, san Terecio, obispo y mártir

En Pavia, san Urcisceno, obispo y confesor.

En Tongres, san Martin, obispo.

En la diócesis de Evreux, san Leufroi, abad.

En Roma, san Luis de Gonzaga, jesuita, recomendable por la inocencia de sus costumbres y el desprecio de su principado.

En Bretaña, san Mars, patron de Bais, diócesis de Rennes.

En la diócesis de san Malo, san Meen, abad del monasterio llamado Gael.

En Burges, san Roils, obispo, hermano de Rodolfo, vizconde de Turena.

En Cilicia, san Julian de Tarso, quien, cosido dentro de un cuero lleno de viboras y culebras, fué arrojado al mar. El santo cuerpo fué llevado a Antioquia y depositado en la iglesia llamada San Julian, en la cual san Crisóstomo predicó una de sus homilias.

En dicho dia, el martirio de san Afrosio de Cilicia, bajo el gobernador Dionisio.

En Volsen cerca de Harlen en Holanda, san Englemondo, abad.

En Roma, el fallecimiento de san Paulo, papa.

*La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente:*

Celestium donorum distributor, Deus, qui in angelico juvene Aloysio miram vitæ innocentiam pari cum pœnitentiã sociasti; ejus meritis et intermissione concede, ut innocen-

O Dios, repartidor de los dones celestiales, que juntaste en el angelical mancebo Luis una grande inocencia de alma con una maravillosa mortificacion de su cuerpo; concédenos por

tem non secuti, penitentem imitemur. Per Dominum nostrum...

su intercesion y por sus merecimientos, que imitemos en la penitencia por nuestras culpas al que no hemos imitado en la inocencia de la vida. Por nuestro Señor...

*La epistola es del cap. 31 de la Sabiduria, y la misma que el dia XII, pág. 248.*

## NOTA.

« El libro llamado *el Eclesiástico*, compuesto en hebreo por Jesus, hijo de Sirach, y traducido en griego por su nieto, se escribió, como lo dice su mismo prólogo, en el pontificado de Onías III, hácia el año 180 antes de la venida de Cristo, y se tradujo en el reinado de Toloméo Fiscon, rey de Egipto, hácia el año de 128, antes de la Encarnacion del Señor.

## REFLEXIONES.

*Bienaventurado aquel que no corrió tras el oro, ni esperó en los tesoros del dinero.* Hasta la felicidad de esta vida es herencia únicamente de los pobres evangélicos, porque de los ricos que ponen su confianza en sus tesoros nunca se apartan los cuidados, los desasosiegos, los temores, los sustos, las inquietudes y las zozobras. ¡Qué mayor prueba que la avaricia! Ella hace vivir y morir como si se padeciera la mayor necesidad. El avariento parece pobre, y efectivamente lo es; porque, ó ya le hurte sus bienes un ladron, ó ya le prive del uso de ellos su insaciable pasion, aunque los principios de la pobreza sean diferentes, los efectos siempre son unos mismos. Al avariento no le aprovechan mas sus tesoros, que al pobre su indigencia. *Divites egerunt, et esurierunt* (Salm. 33).